

Rusia tras las elecciones: un mapa



Con lágrimas en los ojos –que un asesor rápidamente achacó al “viento del Este” con el fin de no perjudicar su calculada imagen mediática de macho alfa–,[1] Vladímir Putin celebró su triunfo en las elecciones presidenciales rusas el pasado 4 marzo en un multitudinario acto cerca de la Plaza Roja de Moscú. Lejos de prometer conciliar un país crecientemente dividido, aprovechó el momento para arengar a los asistentes: «hemos ganado en una batalla abierta y honesta.» Las elecciones no fueron limpias y las denuncias de manipulación no se hicieron esperar: los observadores internacionales de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) consideraron que el proceso electoral había sido «claramente distorsionado» en favor del candidato de Rusia Unida, quien «recibió un trato de favor en términos de presencia en los medios con respecto a sus competidores. Además, recursos gubernamentales fueron utilizados en su favor.» El coordinador de los observadores europeos, Tonino Picula, declaró que «el resultado de todas las elecciones es incierto. No fue éste el caso. No hubo una competición real y el abuso de recursos del gobierno garantizó que nunca estuviera en duda quién sería el vencedor.» Prácticamente toda la televisión y buena parte de los medios escritos estuvieron descaradamente del lado del Kremlin –la presencia del primer ministro ruso en el espacio informativo de los cinco canales de televisión de ámbito federal fue cercana al 70%–, el aparato administrativo se puso, con toda la naturalidad del mundo, al servicio de su campaña electoral y la mayoría de las candidaturas fueron descartadas por el Comité Electoral Central (CEC) con carácter previo a la competición. Muchos opositores fueron y son objeto de campañas de desprestigio orquestadas por los servicios secretos en connivencia con los medios de comunicación afines, mientras medios críticos como *Novaya Gazeta* han visto sus activos congelados. En el Cáucaso Norte, donde Putin ha obtenido más del 90% de los votos, las garantías electorales se encuentran bajo mínimos: cuesta creer que Putin cuente con un apoyo tan abrumador como el que supuestamente reflejarían los resultados electorales en Chechenia. Las falsificaciones más o menos burdas, como introducción de fajos de papeletas en las urnas, el famoso “carrusel” –que consiste en llevar a un grupo de electores votando de colegio en colegio– o coacciones para el uso de certificados de voto diferido han supuesto una desviación de los resultados reales de unos 5-6 puntos porcentuales según la estimación del politólogo Aleksandr Kiréev (la mitad, por otra parte, de lo estimado en las legislativas de 2011). Otras estimaciones, aunque reducen el porcentaje de votos más de diez puntos, siguen dando la victoria a Putin. Las reacciones no se hicieron esperar. El secretario general del Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR) Guennadi Ziugánov –cuya candidatura reunía las mejores condiciones para pasar a una segunda vuelta– se negó a reconocer la victoria de Vladímir Putin y un día después se reunían en la plaza Púshkinskaya de Moscú unas 20.000 personas según los convocantes. Con todo, bastante menos de lo esperado por las expectativas creadas en las semanas anteriores, desde luego menos que las manifestaciones multitudinarias de diciembre, y sobre todo mucho menos que en los mítines convocados el 4 y el 5 de marzo por los partidarios del Putin. A pesar de todo, siguen siendo números desconocidos por las movilizaciones sociales rusas hasta hace un par de años, cuando, sobre todo a raíz de la defensa ecologista del bosque de Jimki (al noroeste de Moscú), volvieron a verse concentraciones cuyo número de asistentes se contaba por miles. Otro rasgo diferenciador de la concentración de Púshkinskaya en comparación con las de diciembre: una proporción mucho mayor de comunistas en proporción con los

opositores demócrata-liberales que impulsaron y encabezaron el movimiento hace cuatro meses. Cuando los manifestantes se negaron a disolver la concentración, la policía antidisturbios –que había rodeado la plaza con un fuerte dispositivo de agentes y furgones– terminó cargando y deteniendo a 250 personas, entre ellos a los responsables de la convocatoria. Casi 500 detenidos, si se suman los de San Petersburgo.

Nuevos jugadores en escena

Pero nada cambia el hecho de que el (nuevamente) presidente de la Federación Rusa sigue teniendo el apoyo de una parte suficiente de la población. Hasta en Moscú, donde la oposición se ha mostrado más fuerte que en ningún otro lado y los colegios estaban repletos de observadores, Putin podría haber cosechado verosímilmente el 48% de los votos. A ello hay que sumar la mano firme con que maneja las palancas del poder (político, administrativo, policial, económico-financiero, mediático) y el resultado es un poderoso bloque, resquebrajar al cual se ha demostrado tan difícil para una oposición dividida y poco organizada, como para el 15-M romper la hegemonía del bipartidismo español. Eso fue lo que comprendieron muchos rusos discordantes tras las elecciones y, decepcionados, se quedaron en casa a la siguiente manifestación.

Pero está claro que el poder gubernamental se ha erosionado y que a Putin le será más complicado a partir de ahora retenerlo. En el futuro próximo será más difícil que los abusos de poder pasen inadvertidos y sin respuesta por parte de la población. La misma organización de las protestas, pero también las campañas de denuncia de la manipulación electoral –con la publicación de numerosos vídeos en la red–, que no contó con apoyos económicos y de los medios de comunicación tradicionales destacables, son una buena muestra del cambio. [2] Así, también en la oposición, lo mismo parlamentaria que extraparlamentaria, se insinúa la entrada de nuevos actores y la pérdida de peso de otros, lo que daría lugar a nuevos equilibrios y abriría un período de posible acumulación de fuerzas que quizás podría terminar, a medio o largo plazo, en una rotación de poder. Boris Kagarlitsky pronosticaba ya esta situación el pasado mes de diciembre al escribir «antes o después la situación escapará al control de las autoridades y se abrirá una nueva fase más crítica. Y ello ocurrirá cuando las protestas políticas amplíen su base social y nuevos jugadores entren en escena. No tendremos que esperar mucho para verlo.» [3] Esos nuevos jugadores son gente como el polémico Alexei Navalny –cuyo portal de Internet denuncia regularmente la corrupción del estado ruso, pero cuyas veleidades nacionalistas causan desagrado– o la activista medioambiental Yevguenia Chirikova, que lideró las protestas contra la destrucción del bosque de Jimki ya mencionadas.

Pero quizá la figura más interesante sea la de Serguéi Udaltsov, de 35 años de edad. Udaltsov, que encabeza el Frente de Izquierdas –una coalición de partidos de izquierdas que va desde la Vanguardia de la Juventud Roja y el Movimiento socialista ruso a la izquierda autónoma–, ha ganado peso en los últimos meses entre la izquierda moscovita y petersburguesa. A diferencia de los anteriores disidentes (una categoría tan laxa, por lo menos en el plano internacional, que en ella llegó a entrar el oligarca Mijaíl Jodorkovsky), Udaltsov se ha formado en la militancia en los tumultuosos años noventa –de cuya confusión ideológica no se libró– y ha conocido muy de cerca la represión: repetidamente detenido y hostigado por la policía (según recuento del propio Udaltsov, ha sido detenido 100 veces y ha pasado en prisión cerca de 300 días), en el 2011 protagonizó una huelga de hambre en protesta en la que perdió 15 kilos. Serguéi Udaltsov es joven, transmite firmeza y determinación, y no esconde sus propuestas de recurrir a la huelga política o la desobediencia civil. De él se rumorea que podría ser en el futuro próximo el necesitado recambio a Ziugánov. [4]

Puntos de inflexión, coordenadas, líneas de fractura

Para entender la política rusa en toda su complejidad es necesario revisar antes las numerosas líneas de fractura que atraviesan la sociedad y su reflejo institucional, pues los medios de comunicación se han centrado mayoritariamente en la crisis *política* del país, sin recordar que ésta es resultado de una larga crisis *social* y *económica* que ha llevado a Rusia a un [estancamiento demográfico](#) –después de varios años de crecimiento negativo debido la emigración (que alcanzó cifras millonarias en el año 2010-2011) y al evidente deterioro de las infraestructuras públicas– y el sentimiento de humillación nacional a manos de las instituciones políticas y económicas internacionales, cuyas medidas han conducido al país a su situación actual, la corrupción floreciente y, como consecuencia de ésta, a la injusta reputación de los ciudadanos rusos en el extranjero. Sonja Margolina recoge en el *tageszeitung* un rosario de problemas: los índices de corrupción «entre Venezuela y Nigeria; la tasa de asesinatos es un 40% más alta que en la Unión Europea; la “nueva aristocracia” surgida de los servicios secretos se ha repartido los bienes públicos [...] tribunales, policía, cárceles, universidades: toda oficina cuenta con una minoría que se enriquece a su costa [...] los crímenes no se investigan o quedan impunes.» [5] El guionista de cine Vladimir Bortko ha sido más fulminante en su juicio y declaró que todo lo que le queda a Rusia es «exportar petróleo, gas y prostitutas.» [6]

Para orientarse, pues, en el espacio socio-político ruso y comprender las posibilidades de las diferentes

fuerzas políticas es de utilidad, en primer lugar, enumerar los ejes sobre los que aquel se asienta y que son los siguientes:

- *Transparencia y derechos civiles vs. Seguridad y estabilidad.*

El gran trauma de Rusia no fue la desintegración de la Unión Soviética, sino lo que le siguió. Como ha recordado recientemente Naomi Klein en su *Doctrina del shock*, lo que en 1991 los rusos pedían era más democracia, no capitalismo. En aquel momento salieron a las calles para defender la “democracia” yeltsiniana y el precio que pagaron fue descomunal: una década de capitalismo desembridado. La consecuencia de aquellos años tan negros, sin ley alguna, es evidente: el alto valor otorgado en el imaginario público a la estabilidad, lo que limita fuertemente los discursos basados en la transparencia y los derechos civiles.

- *Las actitudes respecto al pasado soviético.*

Una importante minoría de la población siente una fuerte nostalgia por la URSS. En parte se trata de personas de edad avanzada, cuyos recuerdos van más allá los grises años setenta y ochenta, décadas notoriamente marcadas por el estancamiento político y económico. Pero también de muchos de aquellos cuya historia familiar se remonta hacia estamentos que gozaban de prestigio durante el régimen soviético (y que, a diferencia de la clase política, lo perdieron en la transición), como el mundo académico o el Ejército, por ejemplo, sectores donde el PCFR mantiene un elevado apoyo. Otra importante minoría trabaja intensamente para que la Unión Soviética pase a la memoria sólo como una época de represalias, de ateísmo o de opresión contra los rusos.

Pero lo cierto es que una gran mayoría de la población mantiene hacia el pasado soviético una actitud compleja y algo paradójica. No muestran rechazo (algunos por la seguridad que proporcionaba al trabajador medio, otros por contraste con la corrupción que gangrena el país hoy en día, y aún otros por la nostalgia del estatus de superpotencia mundial), pero al mismo tiempo tampoco ansían retroceder a un sistema que acarrea toda una serie de problemas, suficientemente expuestos en otros textos como para repetirlos aquí. El recuerdo es positivo, pero tan sólo es eso: un recuerdo, no un programa de futuro.

- *Nacionalismo vs. cosmopolitismo*

La complejidad de la cuestión nacional rusa es mayúscula. De muy antiguo vienen los querellas que en las cortes de los diferentes zares enfrentaban a francófilos, germanófilos y rusófilos. La expansión colonial sumó nuevas polémicas que no se cerraron con el reconocimiento, por la Revolución de octubre de 1917, del derecho de los pueblos a su libre determinación. La oscilación entre la retórica (y la práctica) internacionalista y las apelaciones al patriotismo (especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial) caracterizaron todo el período soviético. Y a caballo entre los años 80 y 90 la crisis social, económica, la explosión de los movimientos migratorios, la violencia mafiosa étnicamente organizada y el orgullo herido de una ex superpotencia se convirtieron, ante la proclamada “victoria del capitalismo en la Guerra fría”, en terreno abonado para la xenofobia en todo el antiguo bloque oriental, desde la antigua Alemania oriental hasta la Federación rusa. Pero al mismo tiempo la atracción de la *modernidad* (léase: *consumo según el modelo occidental*) ha sido irresistible para la población, especialmente con la relativa estabilización social en las grandes capitales: en cuanto se consiguió superar el patetismo del *consumista sin recursos* surgió el consumidor *orgullosa*, que apuntaba a un nivel de vida occidental y, de paso, adquiriría todo el *pack*: la simbología, la ideología, los valores que entendía asociados a Occidente, etcétera. Emergió entonces, sobre todo en las dos grandes ciudades rusas, un nuevo estrato social: consciente de sí mismo, joven, dinámico, abierto, cosmopolita, liberal en sus costumbres... y receloso de lo excesivamente ruso.

El himno soviético comenzaba diciendo *Unión inquebrantable de repúblicas libres / reunió para siempre la gran Rusia*. Y conforme a la Constitución de 1993, la soberanía recae sobre el *pueblo multinacional de Rusia*. Incluso existen adjetivos diferentes en lengua rusa: mientras *русский* significa étnicamente ruso; *российский*, quiere decir perteneciente al Estado ruso; y *россиянин*, ciudadano ruso.

Bastan estos pocos ejemplos para esbozar la dificultad de la cuestión en un país cuya heterogeneidad étnica –a pesar de la independencia de las repúblicas que integraban la Unión Soviética en los noventa– ha tenido que hacer grandes equilibrios con una construcción nacional *a la europea* (en torno a la ficción de un sustrato cultural común, el ruso) y una relación esquizofrénica, de amor y odio, con la modernidad y lo occidental.

Por si fuera poco, otros dos ejes menores estructuran en mayor o menor medida el discurso político en Rusia:

- *Regionalismo*. un eje hasta la fecha de escasa entidad. El poder de Moscú y San Petersburgo se articula de forma caciquil con las fuerzas políticas regionales carentes de medios ni incentivos para construir un

discurso propio. Pero al mismo tiempo se trata de un eje de gran potencial precisamente por ese abismo que separa a ambas capitales del resto de Rusia y por la importancia estratégica que las regiones podrían empezar a tener para Putin, que ha perdido terreno en las dos grandes ciudades. No conviene pasar por alto la riqueza en materias primas –señaladamente gas y petróleo, pero también recursos hídricos o madera– de muchas de estas regiones.

- *Ecologismo*. De muy reciente (re)aparición –pues ya existió un ecologismo militante en la Unión Soviética de los años 80–, su mayor hito hasta el momento ha sido la defensa del bosque de Jimki en 2010 [7] que, al mismo tiempo, marcó el arranque de nuevas formas de hacer oposición en Rusia.

El tablero

Sobre las coordenadas sociales arriba mencionadas se producen dinámicas propiamente políticas y el resultado son los diferentes jugadores que ahora mismo se pueden encontrar sobre el tablero ruso.

- Rusia Unida (RU) y el Frente Popular

Como señalaban las encuestas –y supo anticipar con bastante antelación el equipo de Vladímir Putin– la crisis de legitimidad que se cernía sobre el poder afectaba con bastante mayor intensidad al partido *Rusia Unida* que al propio primer ministro cuyas índices de popularidad eran claramente superiores [8]. La simbólica renovación que dio el cambiazó de *Rusia Unida* por el *Frente Popular* ha funcionado electoralmente.

Para entender la popularidad social del bloque putiniano es necesario remitirse a su centralidad sobre los ejes anteriormente señalados. Para empezar, Putin frenó la caída libre en que se encontraba el país a la renuncia de Yeltsin. Aprovechando la subida de los precios del petróleo, estabilizó el sistema creando una nueva casta gobernante fiel a su persona. El régimen que se construyó como resultado ha resultado nepótico, corrupto, opaco, pero es *establemente* nepótico, corrupto y opaco. Y eso, como ya hemos visto, no tiene precio para muchos rusos tras la pesadilla vivida en los años 90.

Su posicionamiento respecto al período soviético está marcado por la ambivalencia. Por una parte, condena duramente las represalias, financiando una versión de la historia en la que *los rojos* son los responsables únicos de la Guerra Civil, apoyándose cada vez más en la Iglesia para este fin, pero por la otra ha resucitado, en espectáculos donde no falta todo el *kitsch* soviético, el recuerdo de la victoria sobre el fascismo, calificado la desaparición de la Unión Soviética de *la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX*, [9] e incluso hecho guiños a la figura de Stalin en tanto que gran estadista... Esta calculada ambigüedad no sólo se encuentra en plena sintonía con el sentir mayoritario de la población, sino que está destinada a anular el discurso comunista-patriótico del PCFR.

La misma ambivalencia la encontramos en la cuestión nacional: igual se recrea con el carácter multinacional y pluriconfesional de Rusia que se entrega a la agitación patriótera ante las amenazas terrorista (caucásica) e intervencionista (las revoluciones naranjas). Quizá nada sea más ilustrativo que mencionar dos de las principales organizaciones juveniles ligadas al Kremlin: la Joven Guardia, de corte nacionalista y Los Nuestros (*Nashi*), que ha venido poniendo el acento en su autodefinición como antifascista.

En el asiento de copiloto se encuentra Dmitri Medvédev. Si bien se ha intentado crear una imagen suya como lo que los analistas políticos definen como un “caballo blanco” –alguien más occidental y liberal, frente a un Putin duro y corporativo–, nunca consiguió tener mejores calificaciones que aquél en las encuestas. Por otra parte, si bien era conveniente para el bloque del poder mantener alguna diferenciación entre ambos líderes, ésta no podía ser tan amplia como para dejar de proyectar una imagen de unidad. En retrospectiva, las especulaciones que situaban a Medvédev como posible competidor de Putin en la carrera por la presidencia en verano de 2011 parecen más una campaña orquestada por la oposición liberal, orientada a forzar el anuncio del retorno de Putin (cosa que consiguieron en septiembre) para obtener un mayor margen de maniobra ante los comicios legislativos. [10]

La operación de control político se completa con dos partidos-tapón: los nacionalistas del Partido Demócrata-liberal Ruso (PLDR) de Vladímir Zhirinovsky y Rusia Justa (RJ) de Serguéi Mirónov. Visiblemente domesticados por Putin, estos dos partidos disfrutaban de cuotas estables de poder y, a cambio, el PLDR absorbe el voto nacionalista ruso y RJ, el de izquierdas. Con estatus de observador en la Internacional Socialista, el partido de Mirónov es el otro proyecto de Putin en la Duma. Surgió en 2006 con el objetivo explícito de construir un segundo partido para un sistema bipartidista sobre el que se pudiera apoyar el Presidente [11], pero nunca pasó de ser un partido irrelevante y recientemente ha parecido numerosas deserciones, tanto hacia RU como hacia la oposición. Tanto el PLDR –del que nos ocupamos a renglón seguido– como RJ endurecieron el año pasado claramente sus discursos, [12] pero sólo a modo de contención de una oposición extraparlamentaria crecida.

El gran bufón de Rusia, Vladímir Zhirinovsky es uno de los políticos más veteranos de Rusia (se presenta a las elecciones presidenciales desde 1991): sus payasadas y su trabajo de calle durante los años noventa le

garantizaron suficiente público entre los nacionalistas como para mantenerse en la política hasta encontrar una existencia más acomodada al abrigo de Putin. Para entender la talla del personaje baste saber que, siendo él mismo judío, ha responsabilizado a los judíos de la descomposición de Rusia, de enviar mujeres rusas al extranjero para ser prostituidas, de la venta de niños y sus órganos al Occidente y de haber causado el Holocausto. Una de sus últimas ocurrencias fue proponer la construcción de dos grandes ventiladores para propulsar la contaminación atómica a Alemania.

– *Los nacionalistas*

A pesar de su discurso –o debido a él–, Zhirinovsky es prácticamente inofensivo, a diferencia de los que en Rusia –como en Alemania– son denominados nacionalistas y que son en realidad la extrema derecha como nazis. El nacionalismo ruso alimenta gran número de organizaciones, como la Unión Eslava (SS) o Unidad Nacional Rusa (UNR), que suman una militancia importante (decenas de miles de personas, las principales de ellas) y predicán la violencia. Desde hace un año algunas de ellas se están reagrupando en plataformas más amplias, como el Movimiento Contra la Inmigración Ilegal o Los Rusos. Lo único que previene, por el momento, la irrupción de una importante fuerza política de extrema derecha, son sus tendencias al sectarismo, su falta de acceso a los medios de comunicación, la ilegalización de varias de sus marcas, y el PLDR de Zhirinovsky. A finales de 2010 los nacionalistas capitalizaron las manifestaciones, de cientos de miles de personas, en protesta por la muerte de un joven aficionado del Spartak de Moscú que terminaron en amagos de pogromos contra ciudadanos caucásicos, 2011 fue su año de estructuración y crecimiento: no por casualidad ese mismo año se registraron varios asesinatos de estudiantes africanos de la Universidad Patrice Lumumba en Moscú. Pero las recientes protestas contra el fraude electoral les cogieron con el pie cambiado: en ningún momento se han sentido cómodos teniendo que compartir plaza con unos opositores pro-occidentales y anticonservadores en su mayoría. Y pese al explícito flirteo de algunos líderes liberales con el tema nacional (caso del conocido bloguero Navalny),^[13] han sido los primeros en abandonar los actos unitarios y organizar marchas propias.

– *El Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR)*

Dada la situación en el país, el Partido Comunista podría tener, si no la presidencia, sí al menos la mayoría parlamentaria si no fuera por el lastre de sus pesadas dinámicas internas y sus inercias gerontocráticas, encarnadas en su actual secretario general, Guennady Ziugánov, de 67 años. Purgados los comunistas que encabezaban el grupo parlamentario en 1993 por el golpe de Estado de Yeltsin, Ziugánov maniobró con prudencia, contribuyó tácticamente a la legitimación del nuevo régimen y finalmente vio reforzadas sus posiciones. Desde entonces, los comunistas han ido perdiendo y recuperando votos, oscilando entre el 11'57 % de 2007 y el 24'29 de 1999, haciendo siempre una oposición responsable, especialmente desde la llegada de Putin al poder.

En Rusia, el PCFR muchas veces recibe el calificativo de *única oposición parlamentaria*, lo que refleja que en el país nadie se toma en serio ni al PLDR ni a RJ. Pero también es necesario señalar que los compromisos adquiridos le inscriben para muchos en el mismo bloque que se beneficia del corrupto reparto del poder que impera en el país. El PCFR es percibido como un complejo aparato que se adapta con dificultad a las nuevas circunstancias, falto de ideas frescas y acomodado en su nicho electoral, pero sobre todo regido por un líder muy poco creíble, agarrado con demasiada ansiedad a su sillón. Todo ello ha impuesto serias limitaciones a los comunistas en un momento como el actual, de gran indignación social contra la progresiva esclerosis del poder. Se trata del caso inverso de Rusia Unida: la calificación del PCFR es en las encuestas sistemáticamente superior a la de su líder, incluso cuando ha moderado su discurso para aproximarse a un mayor segmento de la población. El motivo de todo ello es un viejo conocido, a saber: los complejos equilibrios internos que, en tantos partidos comunistas, obstaculizan la renovación y prevalecen sobre los criterios de eficiencia electoral y, por encima de todo, herramienta política del movimiento obrero, que al fin y al cabo fue el objetivo con el que fueron creados históricamente.

El despliegue ideológico del PCFR, como es natural, apunta al electorado explícitamente simpatizante con el período soviético, al punto que su deriva reciente ha acentuado, de forma un tanto miope, la nota nostálgica. La rehabilitación del estalinismo, una cuestión compleja que como vimos vende bastante bien en Rusia, ha formado parte de esta estrategia que, si bien puede sumar nuevos electores, con toda probabilidad ahuyenta de forma más o menos definitiva a muchos otros, necesarios para formar un sólido bloque histórico que se plantee como una alternativa de gobierno real.

Pero si un pie está en el estribo soviético, el otro está en el estribo ruso. Para diferenciarse de la extrema derecha, los comunistas rusos apelan al patriotismo (no por sus raíces republicanas, sino frente a aquellos, que, en la jerga rusa, serían nacionalistas). Pero su patriotismo adquiere por momentos rasgos claramente étnicos, como en la propuesta de reconocimiento oficial del estatus de conformador del Estado del pueblo ruso. Y si bien el PCFR declinó educadamente la invitación de los organizadores de la manifestación anual “La marcha rusa” (de extrema derecha), manifestó, no obstante, su respaldo a las consignas anti-Putin de

los convocantes. [14] En el pasado el PCFR de Ziugánov tuvo contactos con Alexander Dugin, uno de los fundadores del Partido Nacional-bolchevique ruso (PNB) e introductor de la nueva derecha en la Federación Rusa.

También es verdad que sólo desde una perspectiva etnocéntrica se podría ignorar que la izquierda en numerosas ocasiones va asociada a una u otra forma de nacionalismo, desde los movimientos de liberación nacional a las izquierdas de las naciones que se consideran oprimidas de Europa Occidental, el maoísmo pasando por el socialismo del XXI de América Latina (al que, dicho sea de paso, se ha aproximado el PCFR). Quizá sorprenda a algunos observadores occidentales, pero no debería extrañar en demasía dado que, en el imaginario ruso, su país se ha convertido en una nación oprimida: oprimida por Occidente y muy especialmente la OTAN –cuya expansión, «así como la kafkiana leyenda del escudo antimisiles, presuntamente contra Irán pero obviamente instalado ante las puertas de Rusia, son los hierros candentes con los que se azuza al oso para irritarlo contra la Unión Europea e impedir el sistema de seguridad continental que reclama desde el fin de la guerra fría [...] en la siempre complicada esperanza de avanzar hacia una Rusia políticamente débil, económicamente seudocolonizada y carente de autonomía en el mundo», como ha escrito recientemente Rafael Poch–, [15] pero también por todos aquellos a los que Occidente respalda en sus fronteras y que hostigan a los rusos que, tras la descomposición de la URSS, han quedado fuera de las lindes de la Federación: los nacionalistas en Ucrania, los estados bálticos, Georgia, etcétera.

Sea como fuere, no se puede ignorar que –como, una vez más, en otros países del antiguo bloque oriental– la extrema derecha y los comunistas luchan, en gran medida, por el mismo espacio electoral, que se compone mayormente de los perdedores de la terapia de choque neoliberal. Y pese a que, en general, son tradiciones difícilmente compatibles, los experimentos de aproximar ambos bandos no son infrecuentes en Rusia. Ya no solamente las organizaciones nacional-bolcheviques (de derecha e izquierda a partes iguales, según su doctrina), sino otras fuerzas, autodefinidas como netamente de izquierdas –como la Vanguardia de la Juventud Roja (AKM) o Los Patriotas de Rusia–, impregnadas con frecuencia de consignas de tintes racistas, particularmente antisemitas, que participan en actos conjuntos con la derecha.

– *El Frente de Izquierdas*

A la izquierda del PCFR, se sitúa la plataforma coordinada por Serguéi Udaltsov, del que ya adelantamos algo, es la cabeza visible de la AKM, fundada en 2005 aprovechando la celebración del Primer Foro Social Ruso. El Frente ha reunido a toda una miríada de organizaciones marxistas, así como al Comité Islámico de Rusia, y ha lanzado puentes tanto hacia el PCFR como hacia el nacional-bolchevismo. Pese a un pasado marcado por el ilegalismo y la etiqueta de extremista, Udaltsov, muy joven, ha dado recientemente un giro en su discurso y se muestra capaz de conectar con una base social suficiente como para dar continuidad al movimiento. Así, por ejemplo, ha dejado espacios a propuestas relacionadas con la democracia electrónica y a nuevos (para Rusia) movimientos sociales que han experimentado un relativo auge en los últimos años (sobre todo antifascistas y ecologistas). Esta imagen abierta y renovada –bien alejada de aquel Udaltsov que se presentaba por el Bloque Estalinista en 1999– le ha permitido llegar bien posicionado a las protestas contra el fraude electoral en las que se halla inmersa Rusia. Así, el Frente ha conseguido una visibilidad mediática muy importante y con toda seguridad está multiplicando su militancia en estos meses.

Su evolución no será fácil: tanto la modernización del discurso, como el apoyo prestado a Ziugánov en las elecciones presidenciales, pueden tensar las relaciones internas de una coalición, como vimos, bastante variopinta. Pero sin duda se trata de una oportunidad muy importante para consolidar una izquierda alternativa (o complementaria) al ziuganovismo.

– *Los liberales*

Casi lo primero que hizo Putin tras llegar al poder fue reformar la legislación electoral para eliminar toda competencia posible en el terreno propio, el de la derecha: hacia 2003-2004 ya no quedaba ningún partido liberal en el arco parlamentario, una reforma acabó con la democracia en los mesogobiernos y más tarde también serían arrinconados en el nivel municipal. Lo segundo que hizo fue ocuparse de aquellos oligarcas, fabulosamente enriquecidos durante los turbios años de Yeltsin, que no quisieron colaborar con él (los Berezovski, Gusinski, Jodorkovsky, etc.). El resultado fue la confluencia de intereses entre todo el espectro de la oposición demócrata-liberal rusa (actualmente sus partidos más importantes son Yábloko, Causa Diestra y el recién relegalizado Partido Republicano) [16] y algunas de las fortunas más destacadas de la lista *Forbes*. Así es como su ausencia de las instituciones no ha impedido que periódicos de su signo como *Kommersant* o revistas como *Vlast* se contasen entre los medios de comunicación de mayor difusión y popularidad del país. Aprovechando el desgaste de Putin y las nuevas formas de activismo en la red, volvieron a la carga calentando motores durante todo el año pasado e impulsando las masivas movilizaciones contra el fraude electoral en diciembre. Su votante es, evidentemente, las clases acomodadas de las grandes ciudades: joven, cosmopolita y pro-occidental. Pero al igual que todos los

partidos liberales puros se encuentran con la imposibilidad de conquistar mayorías sociales con su programa económico. De ahí la necesidad de complementar sus campañas con tintes conservadores, social-liberales y, sobre todo, con retórica favorable a los derechos civiles y la lucha contra la corrupción.

El doble rasero de Occidente

La política rusa no se deja reducir a explicaciones fáciles, basadas en factores exclusivamente culturales, menos aún a los lugares comunes de los rusólogos de todo pelaje y condición que escriben para las universidades y los medios de comunicación. La sociedad rusa sigue siendo una sociedad compleja, atravesada por numerosos ejes –que aquí nos limitamos a exponer–; su política es, por lo tanto, tan heterogénea como la sociedad de la que surge, fracturada y organizada en una geometría de alianzas permanentemente variable. Los resultados electorales del 4 de marzo han demostrado que es posible –aunque no a corto plazo– la alternancia en el poder. Sobre todo, en Moscú y San Petersburgo, donde Putin obtuvo sus peores resultados.

El déficit democrático de las instituciones municipales rusas, donde los máximos mandatarios no son cargos electos, sino designados, será el próximo de la oposición, como ya se ha declarado a través de un manifiesto firmado por 500 de sus figuras más destacadas que busca forzar el adelanto y la celebración de unas elecciones limpias en Moscú. [17] La oposición liberal parece la fuerza mejor posicionada para beneficiarse de las elecciones, pero tampoco lo tendrá todo servido. Fraccionada y falta de líderes con una fuerte proyección social en sus partidos tradicionales, su electorado es fácilmente manipulado por un Kremlin con gran capacidad de maniobra. Es lo que pasó en estas presidenciales: el Comité Electoral Central impidió, argumentando defectos de forma, el acceso de la mayoría de los candidatos, dejando pasar a solo uno: Mijaíl Prójorov, el más independiente y el menos popular entre los opositores políticamente instruidos, así como el más dispuesto a negociar con el poder. Prójorov, el tercer hombre más rico de Rusia, que en verano pasado –mientras su yate descansaba en el puerto de Ibiza– encabezó durante un brevísimo lapso de tiempo *Causa Diestra*, afirma que no aceptará una cartera del Gobierno, como ya le ha ofrecido Putin, y que aprovechará la popularidad que le han dado estas elecciones para levantar una nueva gran fuerza opositora. [18] Pero, una vez pasadas las elecciones, son cada vez más quienes opinan que el multimillonario es, después de Rusia Justa y el PLDR, el nuevo proyecto del Kremlin (que también se conocen con el nombre de partidos *Potemkin*), esta vez orientado a bloquear el acceso a una verdadera oposición por el flanco liberal.

Ante el escenario de división, la izquierda quizá debiera centrarse en retener el terreno ganado en Moscú, donde la futura batalla será probablemente más contra los liberales que contra los hombres de Putin, y en avanzar desde ahí contra los representantes del gobierno en las regiones, cada vez más sensibles a las inmensas desigualdades geográficas que sufre el país. Especial importancia puede recobrar el llamado *cinturón rojo*, una serie de regiones de la Rusia central que en los años 90 dieron sus mejores resultados a los comunistas. De momento, la oposición se prepara para una campaña de protestas que debería culminar con la investidura de Vladimir Putin el 7 de mayo.

Signos de apertura por parte del gobierno de Rusia Unida –cuya arquitectura política se ha demostrado muy eficaz a través de los años, pero también se va volviendo cada vez más compleja, lo que incrementa los costes de cohesión y estabilidad– no parece que vaya a haberlos. La respuesta a cuánto aguantará la estructura política actual y quién sabrá aprovechar mejor su crisis y siguen abiertas. Entretanto, todas las críticas de Occidente, provengan de instituciones o medios de comunicación, carecerán de legitimidad, toda vez que en Rusia se encuentran, plenamente desarrolladas, las características de lo que algunos politólogos han descrito como *post-democracia* (régimenes democráticos en la forma pero profundamente antidemocráticos en el fondo), rasgos que comienzan a asomarse peligrosamente a Europa con las medidas adoptadas por las elites políticas y económicas ante la crisis financiera, de las que los gobiernos no electos italiano y griego sólo son punta de lanza. Si de verdad hubiera unas elecciones limpias, como se reclama, y el PCFR no sólo mantuviese su actual estrategia, sino que además se renovase y abriese a los movimientos ciudadanos a su izquierda para una renovación generacional y política urgente y necesaria (y ahí Serguéi Udaltsov podría jugar un papel determinante), no sólo el *establishment* ruso se vería en serios aprietos: entre los puntos más destacados del programa de la oposición de izquierdas figuran, además de la reconstrucción de los lazos políticos y económicos regionales que quedaron rotos tras la desintegración de la URSS por iniciativa del FMI y otras instituciones internacionales, la nacionalización de los ingentes recursos naturales del país –verosíblemente los mayores del mundo–, de los cuales depende prácticamente toda Europa central. ¿Estarían dispuestos los Estados Unidos de América y Europa a tener como vecino a un país con el tamaño de más de 18 veces la República Bolivariana de Venezuela y con la misma política energética y social?

NOTAS:

[1] Axel Brüggemann, "[Spektakel: Vom Winde angeweht](#)", *der Freitag*, 6 de marzo de 2012. [2] Alexey Kovalev, "[What I saw made me question the pessimism](#)", *The Guardian*, 5 de marzo de 2012. [3] Véase Boris Kagarlitsky, "[Una revuelta rusa muy pacífica](#)", *Sin Permiso*, 8 de enero de 2012. [4] "[КПРФ после выборов может возглавить Сергей Удальцов](#)", 22 de febrero de 2012. [5] Sonja Margolina, "[Der geplünderte Staat](#)", *tageszeitung*, 2 de marzo de 2012. [6] "[Communists pledge to stop 'dollar-lovers'](#)", *Russia Today*, 24 de septiembre de 2011. [7] Véase "[Битва за химкинский лес](#)", *Lenta.ru*. [8] "[Говорухин подтвердил то, что опровергал Песков: Путин дистанцируется от ЕР](#)", *Newsru.com*, 16 de enero de 2012. [9] "Президент России, Послание Федеральному Собранию Российской Федерации", Archivo del Kremlin, 25 de abril de 2005 [10] "Глеб Павловский: «тандем превратился в тромб Государства российского», *Novaya Gazeta*, 16 de agosto de 2011. [11] "Стенограмма-минимум" *Kommersant*, 16 de agosto de 2006. [12] "Справедливая Россия решила перейти в жесткую оппозицию", KM.RU, 23 de agosto de 2011. [13] "Особое мнение", *Eco de Moscú*, 26 de julio de 2011. [14] "Павел Щербаков, Иван Мельников о приглашении в адрес КПРФ к участию в «Русском марше», КПРФ, 27 de octubre de 2011. [15] "[Un socio especial que hay que manejar con mucho cuidado](#)", Rafael Poch, *La Vanguardia*, 4 de marzo de 2012. [16] "Республиканская партия договорилась с Минюстом о регистрации", RIA Novosti, 16 de marzo de 2012 [17] "[Движение «За честные выборы» обсуждает стратегию действий в Москве: отставка мэра, роспуск гордумы](#)", *Gazeta.ru*, 6 de marzo de 2012 [18] "[Путин предложил Прохорову политическое сотрудничество](#)" *NTB*, 5 de marzo de 2012.

Antonio Airapétov es traductor. Àngel Ferrero es miembro del Comité de Redacción de *SinPermiso*.

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una [DONACIÓN](#) o haciendo una [SUSCRIPCIÓN](#) a la [REVISTA SEMESTRAL](#) impresa.

www.sinpermiso.info, 18 de marzo de 2012